

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Nuestra pobre sociedad, Señora, se mueve dentro de un círculo estrecho de pasiones y sensaciones tan limitadas que me parece que toda alma dotada de alguna elevación debe sentirse á veces algo asfixiada. ¡Qué felicidad, poder evadirse, con un arranque de la imaginación, de esta cárcel en que nos tienen aherrajados las preocupaciones, y volar á las regiones del sueño! Esclavos de nuestras convenciones civilizadas, extraviarse libremente por los sombríos senderos del mundo pagano poblado de ninfas risueñas y juguetonas.... O tal vez, como hijo afortunado del cielo de Asia, vagar por los jardines de sicómoros, donde en las pilas de pórfido, se bañan jugueteando las sulfanas. El bosque de Bolonia es, Señora, sin duda alguna, un sitio encantador, pero ha de confesar usted que es muy inferior al *Valle de las Rosas*, y que las señoritas pintadas que en él se encuentran parecen muy pálidas al lado de nuestras almeas.... Y después de todo, ¿por qué me había de atraer censuras la sed de lo ideal? Usted, que lee novelas ¿no cree que, por el contrario, sería tan instructivo como curioso estudiar los extraños incidentes que habrían de resultar forzosamente de esta muy natural historia de amor oriental, trasplantada entre nosotros? ¡Qué contrastes y qué acontecimientos desconocidos! ¿No es un verdadero lunar de nuestra notable literatura la ausencia de semejante estudio?

Pero ya oigo en labios de usted una palabra que me asusta... *Inmoral, inmoral.*

Señora, esa palabra me indica que usted se equivoca muy estrañamente acerca de la pureza de mis intenciones. Es usted una mujer de mucho ingenio. Expliquémonos en el terreno de la filosofía y de la moral. Suponga usted que yo me llamo Hasán. En ese caso leería usted seguramente, sin el menor reparo, la muy sencilla novela de mis fingidos amores, si estos daban lugar á dolorosos accidentes, no les negaría usted tal vez el tributo de esa lágrima que sin duda ha derramado usted ante las desdichas de la pobre Namuna. La cuestión de moral sería, pues, seguramente una cuestión de latitud, y la excentricidad de mi situación desaparecería al punto si yo habitase en las orillas del Bósforo ó en algún palacio de Bagdad....

¿Se fijaría usted tal vez en la cuestión más elevada del *sentimiento*?... Precisamente es ese el punto de vista psicológico que me propongo tratar, Señora, aunque sólo fuese con objeto de investigar si el alma humana, libre de toda presión, es susceptible de dilatarse hasta el infinito como un gas libre. Mi objeto es mezclar la ciencia positiva y materialista con el sensualismo etéreo. Todo el mundo sabe lo que es un amor sencillo.... pero adorar á cuatro mujeres á la vez.... cuando precisamente la generalidad de los hombres honrados consideran que es muy suficiente amar á una sola.... me parece una tentativa laudable, digna de inflamar el corazón de un poeta que se las echa de hombre galante, igualmente que el cerebro de un sabio que anda en busca del fluido vital y de las fuentes de la sensación. Semejante estudio sería, de seguro, arduo y severo, pero hay que convenir en que por lo menos tendría alguna gloria si, por casualidad, llegase lógicamente al triunfo del sublime amor cristiano sobre la poligamia pagana ó mahometana. Por otra parte, Señora, al echarme en cara mi pobre y mezquino harén ¿pretendería usted murmurar del rey David ó de las setecientas mujeres de Salomón?... Sin remontarnos á las leyendas bíblicas de estos venerados soberanos, ¿acaso no ha leído usted los clásicos? Dgame usted, ¿en qué ventaja moralmente el poema de don Juan á mi novela? ¿Ha perdido algo de su cándida sencillez el bueno de Lafontaine al mojar su pluma en el tintero de Bocaccio? La moralidad de un libro, Señora, estriba ante todo en la moralidad del autor que se respeta, al respetar á su público, y que no hace el frecuentar malas compañías para inducirle á concebir

malos sentimientos. Pláceme trazar el cuadro de estos amores ideales que ha debido acariciar, en su día, todo enamorado de veinte años. Reemplazar á las cortesanas y al vicio con la gracia y la virginidad.... y mezclar la anacreóntica con el idilio á semejanza de esos poetas paganos que tantas veces nos han hecho soñar. Abra usted, señora, la primera novela moral que caiga en sus manos, y apuesto mi harén á que el primer interés de la misma se halla sostenido por el adulterio, ya de pensamiento, ya en acción, erigido en hábito social. Desde la época de Menelao andamos siempre á vueltas con el mismo Minotauro.... el adulterio, el adulterio y siempre el adulterio.... ¡Es cosa tan fatal como monótona! ¿Prefiere usted las novelas de moda sobre las costumbres de las cortesanas?... ¿Esas revelaciones de tocador, en que todo es impuro, venal y degradante? ...Deténgome, Señora, por respeto hacia usted y hacia mi pluma.

¿Prefiere usted acaso esos estudios de los moralistas sobre «La Mujer» en que, desde la primera página, anuncia el autor á los lectores que «no escribe para los oídos castos»?....

Señora, yo tengo por mi parte la pretensión de no escribir jamás una línea que no pueda leer toda mujer honrada.... Mi libro perderá seguramente mucha venta; pero me consuelo con el pensamiento de que si logro, á veces, hacer que aparezca una sonrisa en los labios de mis lectoras, á lo menos no haré nunca subir el rubor á su frente. Sobrino de un bajá, me ha parecido curioso colocar en Provenza la escena de una novela turca y hacer de ella un ensayo de psicología. No puede haber novela alguna sin amor. ¿Sería acaso culpa mía el que las costumbres de Oriente impongan á todo enamorado otras maneras de amar? Convenga usted por otra parte en que mis heroínas son más poéticas que las señoritas de moda con quienes, como todo autor, podía poner en contacto á mi héroe.... En defensa propia diré como el cándido Chamfort: ¿Tengo yo la culpa de que me gusten más las mujeres que me gustan que las que no me gustan?

P. D.—Sobre todo no diga usted una palabra á Luis del engaño de que le he hecho víctima.

V

¿En buen berenjenal me has metido, animal!... ¡Cómo! Te confío la maravillosa aventura que me sucede, recomendándote el misterio más absoluto ¿y vas y entregas bonitamente mi carta á tu esposa, á riesgo de atraerme con tu indiscreción las mas aceradas é irónicas alusiones á mi situación de bajá?



¿No has comprendido que, si llega á divulgarse la aventura, no podré ya vivir en París, donde seré presa de los periódicos como un personaje excéntrico y legendario, y donde no me será ya posible aparecer en el club, en el teatro ni en un salón sin verme acogido por sonrisas burlonas ó de asombro? Ya me veo en el Bosque seguido por los bobalicones, encantados de poder